

Una historia intelectual de lo social: sobre las herencias de la Ilustración. Reseña de Antoine Lilti, *La herencia de la Ilustración. Ambivalencias de la modernidad*. Barcelona: Gedisa, 2023, 475 págs.

Es indudable la atracción que sugiere la Ilustración desde la perspectiva histórico-crítica: se trata del factor más determinante de la contemporaneidad cultural y, por esto mismo, el objeto de críticas contundentes y alabanzas entusiastas.

A lo largo de los últimos años, diversos libros traducidos al castellano han confirmado dicho interés. En su día, la traducción de los volúmenes del historiador inglés Philipp Blom *Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales* y *Gente peligrosa*,¹ renovaron el interés del público a partir de un modelo de argumentación divulgativo organizado alrededor de las biografías de Diderot y Rousseau, sobre todo. También se tradujo por aquel entonces el libro de Robert Darnton, *El negocio de la Ilustración*.² Al igual que había hecho Philipp Blom en *Encyclopédie*, Darnton centra su atención en la historia de la *Encyclopédie*, y confirma con su exhaustivo y detallado análisis el valor crucial de esta icónica empresa editorial. En su caso, se explicaban cuáles habían sido las mejoras técnicas de la impresión, la edición, la financiación y la comercialización sin las cuales no se entendía el impulso que supuso el proyecto liderado por Diderot y D'alembert para la cultura letrada de los siglos XVIII, XIX y XX.

Una nueva entrega al servicio del renovado interés de los lectores en lengua castellana fue la traducción del volumen escrito por Anthony Pagden. Desde el título mismo de la edición en castellano, *La Ilustración y por qué sigue siendo importante para nosotros*,³ el lector observaba que el siempre renovado interés por aquel período de la historia de la cultura se acompañaba ya de la necesidad de responder abiertamente a una radical enmienda que cuestionaba sus hipotéticos logros. De ahí que el lector se hallara ante un libro que pronto descubre que es también una fervorosa defensa de los logros del universalismo científico y del derecho cosmopolita ante las dudas que empañan sus éxitos y sus virtudes.

Todos estos libros son grandes esfuerzos sintéticos llevados a cabo por parte de prestigiosos conocedores del período ilustrado que se concretaron en voluminosos libros de notable repercusión. Además de algunos otros, todavía podría añadirse, por último, el voluminoso libro de Jonathan I. Israel, *La Ilustración radical*,⁴ al que sí presta especial atención Antoine Lilti en uno de los capítulos *La herencia de la Ilustración* para censurarle que convierta su objeto de estudio, la Ilustración, en una teleología del pensamiento filosófico radical, ajena a la historia intelectual. En todo caso, el volumen de Israel podría concluir este breve listado o repaso de los voluminosos e influyentes libros dedicados a la Ilustración, incluso si Israel se desmarca de la preeminencia francesa al centrar su atención en la figura de Spinoza.

¹ Philipp Blom, *Encyclopédie* (Barcelona: Anagrama, 2007) y *Gente peligrosa* (Barcelona: Anagrama, 2012).

² Robert Darnton, *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie 1775-1800* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2006.)

³ Anthony Pagden, *La Ilustración y por qué sigue siendo importante para nosotros* (Madrid: Alianza, 2015).

⁴ Jonathan I. Israel, *La Ilustración radical. La filosofía y la construcción de la modernidad, 1650-1750* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2012)

El libro de Antoine Lilti, *La herencia de la Ilustración*, comparte evidentemente con todos ellos algunas de las virtudes mencionadas. Es un libro de carácter sintético, escrito por un prestigioso historiador, especialista en el período, que retoma en una prosa excelente los asuntos centrales de la Ilustración. Se aleja, ciertamente, de las opciones divulgativas explotadas por Blom; rehúye la apabullante erudición exhibida por Darnton en su análisis de la cultura material del caso particular del proyecto editorial; se desmarca de la militancia voluntariosa de Pagden y, por supuesto, desmiente desde el desacuerdo la homogeneidad del movimiento ilustrado que difunde Israel. Una vez apreciadas todas estas diferencias, puede hablarse sin duda de una nueva y valiosa aproximación sintética al complejo período de la Ilustración.

Su ensayo, ajeno a la militancia fervorosa, a la divulgación amena o la erudición particular, incide con un mayor énfasis en los asuntos relacionados con la metodología de la escritura historiográfica. Es un trabajo que parte de una doble hipótesis. Por un lado, la hipótesis sugiere la inevitabilidad de la asunción de las críticas emitidas hoy contra la Ilustración. Sugiere la necesidad de admitir las razones de una irrevocable tercera oleada de cuestionamientos críticos, después de la que protagonizaron en su día, de manera temprana, la reacción conservadora de afiliación teológica y, más tarde, la teoría crítica de la escuela de Frankfurt. Esta segunda, evidentemente, mucho más fundada y rigurosa cuando vinculaba el pensamiento ilustrado con algunas de las lógicas dominantes de la razón instrumental y la tecnologización de la cultura de masas. Por otro lado, esa misma hipótesis implica un método por el que dar respuesta a las críticas de esta nueva oleada, que sólo puede hallarse en el análisis de las complejidades y contradicciones de un proyecto que no se corresponde con ninguna propuesta dogmática coherente ni puede resumirse en ningún corpus doctrinal inequívoco. Para ello, para ahondar en dichas complejidades, en un sentido similar al que exploró en su día Jean Starobinski en su libro clásico *Remedio en el mal*,⁵ su hipótesis conlleva la elección de una metodología que no disocia la historia intelectual de la historia social, convirtiéndose éste en uno de los mayores logros del ensayo de Antoine Lilti.

Esta opción metodológica organiza los argumentos en tres extensas partes, con sus respectivos capítulos o subdivisiones: “Universalismo”, “Modernidad” y “Política”. La primera parte analiza las críticas hechas desde los estudios postcoloniales y revisa el vínculo que tradicionalmente estableció una particular historiografía ilustrada entre desarrollo económico y perfeccionamiento moral. Una concepción progresiva de la historia que serviría de coartada al proyecto ilustrado para afianzar los privilegios de Europa mientras se apropiaba de una centralidad vanguardista desde la que arrogarse el derecho de designar como periférico todo aquello cuya subsidiariedad deseaba.

En este sentido, Antoine Lilti analiza algunos de los textos que fundamentarían dicha visión eurocéntrica de un supuesto desarrollo universal. Lo hace mediante la glosa crítica de *Las Cartas filosóficas* de Voltaire, por ejemplo, y también mediante la lectura del *Ensayo acerca del auge y el progreso de las artes y las ciencias*, de David Hume, y el inevitable texto de Kant, *La paz perpetua*, donde se expone de idéntico modo la confianza en el progreso espiritual de la humanidad bendecido por la prosperidad comercial. Pero el texto de Lilti no redunde en los argumentos más conocidos de textos como éstos, que ya gozan de una tradición exegética sólida y han ejercido una notable influencia, sino que inserta estas lecturas en un conjunto de lecturas mucho más amplio. La idea es mostrar

⁵ Jean Starobinski, *Remedio en el mal* (Madrid: A. Machado Libros, 2000).

cómo la Ilustración es menos un corpus doctrinal coherente que un campo de batalla complejo: un espacio de debate intelectual y político. El análisis del carácter ambiguo y dialógico de los textos permite examinar las tensiones y ambivalencias de un movimiento y no los hipotéticos valores o preceptivas que difundían, pretendidamente, de un modo uniforme.

De hecho, ésta sería una herencia valiosa de la Ilustración –su mejor “defensa” posible– que permitiría entender nuestra actual diversidad de posiciones actuales como una contingencia, no tan diferente a la eminentemente contradictoria y conflictual contingencia ilustrada. Antoine Lilti ensaya esta poco militante “defensa” de la Ilustración tras atender con rigor muchos de los argumentos de los estudios postcoloniales, tan críticos con las supuestas bondades benéficas de la Ilustración. Da cuenta, por ejemplo, de los argumentos postcoloniales y decoloniales acerca del modo como la antropología ilustrada habría fundado una concepción del tiempo que asociaba la distancia geográfica y la distancia temporal, estableciendo una relación secreta entre el ideal cosmopolita y una representación “raciológica” del mundo: una distribución geográfica de las razas humanas desde la perspectiva del desarrollo de la cultura que permitió la imaginación acerca de una diferencia en el tiempo y el espacio entre las sociedades bárbaras o salvajes y las sociedades desarrolladas o “civilizadas”. Lilti admite por lo tanto la necesidad de “provincializar Europa” –al fin y al cabo, señalar su carácter contingente y no programático es una consecuencia de ello– tras atender además otros muchos argumentos provenientes de diversas contribuciones de los estudios poscoloniales: Chakrabarty, Sahlins, Bhabha, Said, etcétera.

Sin embargo, la primera parte destaca sobre todo porque Antoine Lilti, que dirigió la revista *Annales, histoire, sciences sociales* y es un gran conocedor de la obra de Fernand Braudel y Lucien Febvre, razona sobre cómo la “civilización” habría devenido la culpable aparente de haber “universalizado” Europa y haber contribuido a lo que Jack Goody llamó “el robo de la historia” (p. 176). Ciertamente, el ejercicio de semántica histórica del término *civilización* y la revisión del papel que desempeñó en los sistemas conceptuales de Durkheim, Mauss o, por supuesto, en los mencionados proyectos historiográficos de Braudel y Febvre confirman que el tránsito que va de lo «salvaje» a lo «civilizado» se sostiene sobre un fundamental historicismo. También cuando durante los años de la postguerra europea, la historiografía francesa abandonó los paradigmas epistemológicos de la etnología y la explicación acerca de la Historia de Europa ya no recurrió a la idea de un supuesto avance paulatino hacia la realización de su propia naturaleza porque pasó a ser vista como una “entidad que se había ido constituyendo mediante préstamos de otras grandes civilizaciones” (p. 189). Incluso entonces, desde la perspectiva de una “gramática de las civilizaciones”, la práctica de los estudios históricos reeditó periodizaciones y euro-cronologías para acercarse a una incipiente historia mundial, que hoy se ha convertido en la tentación de la “historia global”.

A lo largo de la segunda parte, “Modernidad”, Antoine Lilti revisa la herencia de la Ilustración desde la perspectiva de la crítica de la cultura y la filosofía política. Antes de destacar algunos de los argumentos que desarrolla en esta parte, habría que destacar que las partes de este libro no son independientes o estancas, y que la escritura ensayística de Antoine Lilti, matizada y enormemente documentada, permite establecer conexiones entre una parte y sus capítulos correspondientes y las otras partes con sus respectivas subdivisiones.

Podrían ponerse dos ejemplos significativos. El primero, cuando el autor señala el carácter coyuntural y contingente de la historia ilustrada en la primera parte, “Universalismo”. El carácter de contingencia se inferiría de la paradoja histórica según la cual una determinada idea de civilización, surgida en el siglo XVIII para contradecir precisamente la noción de Imperio, acaba por convertirse en “consigna de otra tentación imperial en el marco colonial” (p. 136). Allí donde la teoría crítica de la escuela de Frankfurt, que estará muy presente en el segundo capítulo “Modernidad”, querría ver una contradicción interna del racionalismo ilustrado –su dialéctica negativa– Antoine Lilti vería el nacimiento de una concepción histórica de Europa indesligable de la tensión entre el universalismo y el eurocentrismo. De allí que en la contingencia europea actual emerja de nuevo una duda acerca de esta paradoja por la que Occidente trata de preservar su dominio en el nuevo marco global, que amplía la extensión mundial del período ilustrado, en lugar de admitir su “descentramiento”, desestimar su supuesta misión civilizadora o evitar la tentación de volver al eurocentrismo; en fin, como se ha dicho, una concepción histórica de Europa que trata hoy de responder al interrogante sobre por qué provincializarse.

Un segundo ejemplo de cómo se prefiguran en la parte titulada “universalismo” argumentos que serán retomados en la segunda parte, “Modernidad”, podría verse en la acertada reflexión acerca de la filosofía de la historia. Antoine Lilti aborda la relación entre la Ilustración y la Revolución mediante el análisis del libro de Volney *Las ruinas de Palmira o meditaciones sobre las revoluciones de los imperios*. Para ello convoca el excelente libro de François Hartog sobre los *regímenes de historicidad*,⁶ que recoge a su vez las tesis sobre la semántica de los tiempos históricos propuesta por R. Koselleck en *Futuro pasado*,⁷ según la cual entre 1750 y 1830 habría tenido lugar una ruptura crucial en la temporalización de la historia.

Es coherente que Lilti preste atención en la primera parte, “universalismo”, al libro de François Hartog que, como se recordará, dedica una atención especial en las páginas iniciales a la figura de Claude Lévi-Strauss y su texto de 1952 *Raza e historia*, con el que el antropólogo respondió a un encargo de la Unesco. El texto, tan influyente en los debates sobre la historia de las civilizaciones, denunciaba el falso evolucionismo que había embargado dicho conocimiento de la historia de las civilizaciones al verlas el viajero occidental como escalonadas en el tiempo: un sentido acumulativo de la historia del progreso que habría colapsado durante la Segunda Guerra Mundial, aunque no solamente. Este colapso de la temporalidad histórica o esta ruptura en la temporalización de la historia es la que emergería de nuevo ahora ante el presentismo inherente a la actual tecnologizada existencia social: el presente continuo que tan bien ha descrito la teoría crítica contemporánea.

Estos son dos ejemplos de cómo la dialéctica negativa de Adorno y Horkheimer o los análisis acerca de la temporalización en un presente acelerado, que Hartmut Rosa analiza desde los presupuestos de la tradición frankfurtiana, ya están dispuestos en la primera parte del libro, aunque será en la segunda, “Modernidad”, donde se desarrollan de un modo particular.

⁶ François Hartog, *Regímenes de la historicidad* (México D.F.: Universidad Iberoamericana, 2007).

⁷ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993).

En esta segunda parte, Antoine Lilti también regresa a la Ilustración desde las críticas y reproches que se le han hecho a lo largo de los últimos años. Sin embargo, en este caso son las críticas hechas desde la filosofía política las que el autor valora. A diferencia de lo que sucedía con las críticas formuladas desde los estudios poscoloniales a la misión civilizatoria, en esta parte el historiador no hace suyos los argumentos de los detractores. En parte, es una lástima, porque el lector intuye, a partir de una extensa nota al pie de página, que el historiador conoce y no desprecia los argumentos del neospinozismo, alrededor del cual se organiza la filosofía política de la izquierda antiglobalización contemporánea. El pensamiento de Spinoza es determinante en la obra de Deleuze y Étienne Balibar, pero también de Antonio Negri y Michael Hardt. A pesar de que esta parte está precisamente escrita desde la consciencia de la transcendencia de la Ilustración para el pensamiento político contemporáneo, la figura de Spinoza queda secuestrada por la mencionada réplica que da Antoine Lilti a John Israel en el capítulo dedicado a Spinoza: como Spinoza es central en *La Ilustración radical*, el análisis de su recepción en la historiografía contemporánea queda restringido al objetivo declarado de desmentir los errores históricos de la propuesta de John Israel.

La segunda parte centra su atención sobre todo en retomar el debate crítico propuesto por Jürgen Habermas acerca del nacimiento de la esfera pública durante el período ilustrado, estrechamente vinculado a la conocida defensa que hizo el filósofo alemán de la modernidad como un “proyecto inacabado”. Es en esta parte donde se aprecia de un modo más claro la solvencia del historiador al conjugar historia intelectual e historia social: “una historia intelectual de lo social”, como sostiene él. De este modo, retoma los argumentos de Habermas sobre la mundanidad social del siglo XVIII –cafés, periódicos, logias masónicas, etcétera– y aporta matices iluminadores acerca de los *Salones*, a los que el historiador ha dedicado varios trabajos monográficos. Por lo tanto, no es una enmienda a Habermas ni una toma de posición en los debates que siguieron a su propuesta. No es por ejemplo un desmentido rotundo como el que llevó a cabo el pensador marxista Terry Eagleton en *La función de la crítica*,⁸ cuando señaló las exclusiones y el régimen de cooptación sobre los que descansaba la sublimada representación que podía llevar a cabo en el siglo XVIII una determinada clase social letrada de ella misma –los propietarios burgueses– bajo una ideal modalidad de la conversación universal.

Sin embargo, Antoine Lilti sí que se desmarca del contenido ideológico de la propuesta de Habermas y centra su atención en los logros de una historiografía que entendió cuán importante era el estudio de las “formas de articulación de lo privado y lo público” (p. 238): la historia material de la vida privada y la recomposición de las prácticas de sociabilidad que determinaron la emergencia de la Ilustración.

El aprecio por esta tradición historiográfica que él ahora revisa –y de la que él mismo ha sido protagonista– hay que interpretarlo ante un nuevo escenario donde son factores inéditos los que determinan el asedio de aquella dialéctica que configuraba desde una mundanidad laica la dialéctica entre lo privado y de lo público. La privatización de las subjetividades en un contexto de mercantilización tecnologizada como el de hoy no se corresponde con las amenazas previstas por Habermas para la vida íntima de los ciudadanos libres. Tampoco es una amenaza hoy para el espacio público de la libre deliberación la burocratización centralizada del totalitarismo político, sobre todo tras

⁸ Terry Eagleton, *La función de la crítica* (Barcelona: Paidós, 1999).

comprobarse, al decir de Mark Fisher, cómo las lógicas competitivas del neoliberalismo económico de este nuevo orden basado en la deuda y la financiación son perfectamente complementarias de una mundanidad y cotidianidad absolutamente burocratizadas.

Es en este sentido que se decía antes que Antoine Lilti revisa la “modernidad” ilustrada desde los presupuestos de la teoría crítica. Admite que la revisión es necesaria porque coincide con Hartmut Rosa, incluso si no lo cita y no desarrolla sus argumentos, en que la nueva temporalidad histórica acelerada de una economía tecnologizada revoca cualquier versión optimista e ideologizada de la esfera pública: sin tiempo para la deliberación ni para la investigación no hay desarrollo posible en el ámbito de la política y de la ciencia. Del mismo modo, también compartiría la diagnosis de Axel Honneth, otro representante, como Hartmut Rosa, de la escuela sociológica de Frankfurt, acerca de la erosión de la privacidad. En este caso, la diagnosis acerca de la inviabilidad de una benéfica acción comunicativa tendría que ver con el “reconocimiento” social, que en la actualidad se ha convertido en la exposición continua a través de interfaces digitales: la esfera pública hoy no hace más que promover una conducta acelerada de exhibición constante que trata de subsanar el sentimiento precisamente de falta de reconocimiento. Esto es, hoy la esfera pública forma parte de un entramado de diferencias reputacionales basado en dinámicas de rivalidad y competencia.

El libro de Antoine Lilti no desarrolla ciertamente las tesis de estos dos autores, pero el mayor acierto del capítulo “Modernidad” pudiera radicar precisamente en la asunción de estos presupuestos y cuál sería su desarrollo desde una perspectiva historiográfica. De ahí que explique con acierto cuál es la importancia de las modalidades que emergieron en los tiempos de la Ilustración para establecer vínculos a partir del “crédito mundano”, que es tan diferente al “crédito curial” de la sociedad aristocrática, basado éste en el valor reputacional de quienes ejercen el poder desde la confianza que inspiran según “su posición en la pirámide de favores y lealtades” (p. 249). Esta inédita modalidad del “crédito mundano” se explica en un nuevo régimen de sociedades de consumo, el de la Ilustración, donde se organizan cada vez a una mayor escala las formas colectivas de producción de la confianza de la que depende la viabilidad del intercambio comercial. Antoine Lilti, en resumen, analiza con rigor las modalidades del crédito en relación a la vida privada de la modernidad precisamente porque así lo exige la herencia de la Ilustración en la asediada esfera pública contemporánea: “La financiarización del capitalismo desde la segunda mitad del siglo XIX no ha autonomizado el crédito como simple técnica bancaria bursátil, sino que lo ha hecho aún más dependiente de la confianza del público, más dependiente que nunca de la interacción de las expectativas colectivas y de la circulación de la información” (p. 268). Algo que lleva implícito, por parte de alguien partidario de conjugar disciplinas interconectadas como la historia intelectual y la historia social, una crítica al trabajo de separación de las disciplinas de las ciencias sociales, que quisieron ver en el estudio del crédito un simple fenómeno contable y no un factor crucial de la historia social.

Finalmente, la tercera parte, “Política”, aborda la cuestión del intelectual: cuál es su condición y cuáles las funciones que se le han atribuido históricamente. Si la segunda parte, como se ha visto, era sobre todo una historia intelectual de lo social, en este tercer capítulo podría hablarse de una historia social del intelectual.

La genealogía intelectual acostumbra a recordar el carácter fundacional de la intervención de Voltaire en el caso Calas, que ilustraría cómo el intelectual surgiría en el

momento en que el filósofo se compromete con la laicización del espacio público. Desde entonces, Francia habría desempeñado un papel paradigmático y el republicanismo militante habría erigido progresivamente a Victor Hugo, Émile Zola o Jean Paul Sartre en las encarnaciones paradigmáticas de una conducta “universalizable”. Como no podía ser de otro modo, hoy también ha sido puesta en entredicho esta genealogía historiográfica que otorga a la Ilustración una función de origen. Es algo perfectamente coherente con el hecho de haber sido desestimadas las supuestas virtudes civilizatorias y haber dado por liquidadas las posibles bondades de la esfera pública. Y Antoine Lilti recoge con acierto, aunque de un modo quizás demasiado sucinto, las revisiones enfrentadas que se han hecho del papel del intelectual desde la sociología y la filosofía Pierre Bourdieu y Jacques Rancière; sobre todo este último de manera especialmente radical y persuasivo en *El maestro ignorante* y *El filósofo y sus pobres*.⁹

El libro, en este tramo final de sus argumentos, fija dentro de este marco una breve historiografía intelectual compuesta por las figuras de Diderot, Louis-Sébastien Mercier, Sade, y que culmina con un análisis exhaustivo de Foucault, sobre todo a partir de su célebre texto *¿Qué es la Ilustración?*, de 1984. Como es sabido, Foucault regresaba a un texto de Kant donde el filósofo alemán había esbozado una definición de la Ilustración a partir de la relación entre la filosofía crítica y la actitud crítica, sobre la que Foucault incidirá al incorporar el esteticismo baudelariano en su propia definición. En este regreso suyo a la Ilustración, Foucault culmina una trayectoria definida por la relación que él estableció entre el saber y el poder al desarrollar sus argumentos acerca de cuál es la actitud que debe mantener el intelectual con el compromiso político. Argumentos que ya habían sido sugeridos en el célebre diálogo que mantuvo con Gilles Deleuze de 1972, *Los intelectuales y el poder*: “Existe un sistema de poder que obstaculiza, que prohíbe, que invalida ese discurso y ese saber. Poder que no está solamente en las instancias superiores de la censura, sino que se hunde más profundamente, más sutilmente en la malla de la sociedad. Ellos mismos, los intelectuales, forman parte de ese sistema de poder, la idea de que son los agentes de la «conciencia» y del discurso pertenece a este sistema” (p.79).¹⁰

Significativamente, Antoine Lilti escoge a un pensador tan atento a la discontinuidad –una historia efectiva de raíz nietzscheana hecha a partir de umbrales– para razonar sobre la vigencia ambigua y conflictiva de la Ilustración en nuestros días, sin que esto conlleve ninguna paradójica restauración de líneas de explicación causal, tan queridas por el evolucionismo decimonónico y las cronologías teleológicas de un historicismo ajeno al pensamiento filosófico dieciochesco. Evolucionismo tan ajeno también a Foucault. Así pues, la vigencia de una actitud crítica heredada de la Ilustración no proviene de que exista una relación estricta de causalidad entre la supuesta racionalidad económica del siglo XVIII burgués y los nuevos ideales ultraliberales de financiarización económica del mundo globalizado, cuya economía se sostiene sobre la deuda, sino que proviene del hecho de que el poder sigue disfrutando de operatividad en la medida en que se hunde sutilmente en la malla de la sociedad”: circula entre los engranajes reputacionales de la sociabilidad un discurso que lubrica la eficacia del sistema del poder.

Para Antoine Lilti, el filósofo ilustrado se emparentaría hoy con el intelectual en la medida en que participan ambos de un mismo compromiso político, del que

⁹ Jacques Rancière, *El maestro ignorante* (Barcelona: Laertes, 2010) y *El filósofo y sus pobres* (Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2013).

¹⁰ Michel Foucault, *Microfísica del poder* (Barcelona: La Piqueta, 1994).

difícilmente pueda afirmarse otra cosa cierta que no sea su radical actitud crítica. Es así cómo, al alejar al intelectual de cualquier conducta programática dependiente de una ideología, el autor regresa al punto de partida del libro, según el cual la Ilustración no debe ser pensada como un movimiento coherente y programático, para evitar así que sea reducida a un mero fetiche cultural.

En resumen, el libro de Antoine Lilti es una contribución al conocimiento de la Ilustración de gran valor, y no sólo por las lecturas específicas que el historiador realiza de los documentos, sean fuentes dieciochescas o aportaciones historiográficas y ensayísticas posteriores. Su valor reside también en el modo como conjuga la historia social y la historia intelectual dentro del marco que han dibujado los últimos debates sobre el valor de la herencia ilustrada. Lo hace, además, según la modalidad del compromiso intelectual que debe hacer suyo todo aquel que desee ser leal a la actitud crítica heredada de la Ilustración, ajena a las tentaciones programáticas inequívocas, contraria a las lógicas de la especialización disciplinaria y renuente ante cualquier prescripción apodíctica, como las de los ideólogos.

Àlex Matas Pons
Universidad de Barcelona (España)
alexmatas@ub.edu
ORCID ID: 0000-0003-1055-4843

Fecha de recepción: 25 de junio de 2024
Fecha de aceptación: 27 de junio de 2024

Publicación: 31 de diciembre de 2024

Para citar este artículo: Àlex Matas Pons, “Una historia intelectual de lo social: sobre las herencias de la Ilustración. Reseña de Antoine Lilti, *La herencia de la Ilustración. Ambivalencias de la modernidad*. Barcelona: Gedisa, 2023, 475 págs.”, *Historiografías*, 28 (julio-diciembre, 2024), pp. 116-123.